

NOTAS Y COMENTARIOS

REFLEXIONES SOBRE LA EXHORTACION APOSTOLICA DE JUAN PABLO II EN TORNO A LA FAMILIA. LA FILOSOFIA DEL HOMBRE DE LA "FAMILIARIS CONSORTIO"

"El único fin que podemos señalar a la existencia es el de convencernos de que valdría más no existir". Cuando Schopenhauer escribió estas desencantadas líneas en su voluminoso *Die Welt als Wille und Vorstellung*¹, pretendía dar fe —como es sabido— de su renuncia a la voluntad de vivir. Nada más opuesto a la actitud de los cristianos, para quienes cualquier vida humana posee el valor de un don inestimable que procede de Dios, el Único que puede afirmar irrestrictamente de sí: "Yo soy... la Vida"².

La profunda diversidad entre ambas posiciones —en favor o en contra de la vida— encuentra su fundamento en el heterogéneo modo de entender el amor. Cuando el amor es pura y simplemente deseo sensible, se impone la coherente conclusión schopenhaueriana de que vivir es dolor, miseria, tristeza, tribulación, y sólo eso: "el único error innato que albergamos es el de creer que hemos venido al mundo para ser felices"³.

Hay otro modo, sin embargo, de concebir el amor, no sólo como *eros* sino como *ágape*, no exclusivamente como deseo sensible sino como voluntad espiritual. Así lo entiende la tradición aristotélica; de este modo lo interpreta —con incomparable mayor riqueza aún— el cristianismo. Este amor no tiene miedo a la vida, este amor sabe encontrar ya una traza de la felicidad impercedera en medio de las penalidades que acompañan insoslayablemente a la vida en esta tierra, este amor —en último término— es ya vida y fuente de vida.

Si a estos dos conceptos de amor y vida añadimos el del sujeto donde se dan —la persona humana—, habremos trazado las coordenadas esenciales en las que se despliega el rico contenido antropológico de la Exhortación Apostólica "Familiaris Consortio"⁴.

El mensaje de Juan Pablo II en este documento, en extrema síntesis, podría enunciarse así: la familia es una comunidad de amor y, por eso, de vida. Este es el designio divino para la familia, que todo hombre puede y debe conocer y que a la humanidad entera le interesa respetar. "Familia —gritará el Papa desde las páginas de esta Exhortación—, ¡llega a ser lo que eres!"⁵.

¹ En *Sämliche Werke*, ed. A. Hübscher, F. A. Brockhaus, Wiesbaden, ed. 1972, vol. III, p. 695.

² Cfr. *Ioh.*, 14,6.

³ *Die Welt...*, ed. cit., p. 729.

⁴ Citamos este Documento Pontificio por la edición de la Tipografía Poliglotta Vaticana. Para referirnos a él, utilizaremos las siglas F.C. Un buen análisis del contenido antropológico de un Documento anterior de Juan Pablo II, la Encíclica *Redemptor Hominis*, puede encontrarse en D. COMPOSTA, *L'antropologia nell'insegnamento dell'Enciclica di S. S. Giovanni Paolo II "Redemptor Hominis"*, Palestra del Clero N° 11, Rovigo, 1979, pp. 3-16.

⁵ F. C., N° 17.

Nuestra intención ahora es sólo señalar brevemente el trasfondo antropológico de una definición tan escueta y esencial como ésta: la familia es "una comunidad íntima de vida y de amor"⁶. En pura teoría, al menos, podrían entenderse estas palabras de muchas maneras. El sentido inequívoco que tienen en la "Familiaris Consortio" es —como es obvio— el que siempre ha custodiado y explicado solícitamente el Magisterio de la Iglesia. Para entenderlo, es menester poseer una filosofía del hombre que se apoye en los siguientes fundamentos: la persona humana es unión de alma y cuerpo, tiene inteligencia y voluntad, es, por tanto, espiritual y libre, y ha sido creada a imagen de Dios; el amor —en su sentido pleno, como donación total— y la libertad, confluyen: es libre quien sabe amar, y ama quien realiza la verdad del proyecto de Dios sobre la humanidad⁷.

Si al inicio de estas líneas hemos aludido, como contrapunto, a Schopenhauer, es porque su filosofía del amor ha puesto en circulación en el mercado de las ideas de Occidente el concepto de voluntad como deseo sensible. Y esta idea, a través de Nietzsche y de Freud⁸, ha patrocinado el desarrollo de las innumerables actitudes hedonistas típicas de muchas culturas de nuestros días. En este caldo de cultivo —lo advierte cualquiera—, el matrimonio como comunidad de amor para traer hijos al mundo, resulta poco menos que ininteligible.

Pero, como escribe Juan Pablo II, "la Iglesia busca la verdad, que no siempre coincide con la opinión de la mayoría"⁹. Y la verdad es que el amor no es sólo deseo, y mucho menos, deseo sensible.

1. La centralidad del amor

"Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza: llamándole a la existencia *por amor*, le ha llamado al mismo tiempo *al amor*."

"Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor"¹⁰. Con estas palabras Juan Pablo recuerda la absoluta centralidad del amor en la doctrina cristiana: las criaturas son producto de la benevolencia divina, la Redención del hombre consecuencia de un infinito afecto, Dios mismo puede ser definido simplemente como Amor¹¹.

El hombre, sobrexcediendo al resto de las criaturas materiales por su espiritualidad, a todas las supera en el modo de conservar y manifestar las huellas de ese amor divino creador. "Creándola a su imagen y continuamente conservándola en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y, por tanto, la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es, en consecuencia, la fundamental y nativa vocación de todo ser humano"¹².

Estando así las cosas, se comprende enseguida que la institución familiar no pueda sustraerse tampoco a esta dialéctica del amor: "En una perspectiva que alcanza a las raíces mismas de la realidad, se debe decir que la esencia y las tareas de la familia están en última instancia definidas por el amor"¹³.

⁶ Conc. Vat. II, Const. *Gaudium et spes*, N° 48; citado en *F. C.*, N° 17.

⁷ Cfr. *F. C.*, N° 6.

⁸ J. CHOZA, en su obra *Conciencia y afectividad* (EUNSA, Pamplona 1978) muestra convincentemente hasta qué punto la metapsicología freudiana es deudora de Schopenhauer y Nietzsche.

⁹ *F. C.*, N° 5.

¹⁰ *F. C.*, N° 11.

¹¹ "Deus Caritas est" (1 *Ioh.*, 4,8).

¹² *F. C.*, N° 11.

¹³ *F. C.*, N° 17.

Hasta el punto de poder decir que "la familia recibe la *misión de custodiar, revelar y comunicar el amor*, como reflejo vivo y real participación del amor de Dios por la humanidad" ¹⁴.

Llegados a esta altura, se impone precisar qué entiende la "Familiaris Consortio" por amor. Parece razonable afirmar que todo depende en buena medida de esto. El objeto temático de este documento pontificio es la familia, y ésta nos viene descrita como una institución natural hecha por Dios para el hombre, que aparece fundada en dos amores: el amor divino y el amor humano.

2. *El amor como entrega*

Ya Platón, en *El Banquete*, explicó con lucidez la distinción —ahora ya clásica— entre el deseo (*eros*) y la entrega (*ágape*). Los escolásticos tradujeron este par de conceptos como amor de concupiscencia y amor de amistad. Este último, por fin, recibe en el plano sobrenatural el nombre de caridad.

Caracterizar estas nociones, con un mínimo de profundidad, llevaría mucho espacio. Por otra parte, en sus generalidades son de todos conocidas. Baste recordar que el deseo es siempre indigente, va en pos de lo que carece; el amor de amistad, en cambio, es generoso, no busca nada para sí, es más bien entrega.

El amor que está en la raíz del matrimonio y de la familia no es el amor-deseo sino el amor-entrega. El amor-deseo es genuinamente instrumental; su impulso unitivo corre hacia un objeto con el fin de utilizarlo en provecho propio y basta. Lo amado no pasa de ser aquí un instrumento para el amante: una vez "usado", el objeto —si todavía subsiste— cae en el más completo olvido, ha cumplido su función y sólo despertará de nuevo el interés del amante en el caso de que éste vuelva a sentir necesidad de él. Este querer utilitario —auténtico amor sin compromisos— no es en realidad amor, es puro deseo sensible ¹⁵. En esta perspectiva hedonista, que no supera el estrecho plano de la animabilidad, deben colocarse los diversos modos de entender el matrimonio denunciados desde siempre por la Iglesia y puntualmente enumerados en la "Familiaris Consortio": matrimonio por experimento, uniones libres de hecho, matrimonios sujetos a divorcio vincular, etc.

El amor-entrega no convierte a lo amado en objeto. Su impulso unitivo no es nunca instrumental, ni lleva a disolver la cosa amada en provecho propio. Tiende a unir, ciertamente, porque ésta es una característica esencial de todo amor, pero una respetando la alteridad. Consiste —como se ha escrito recientemente— en "afirmar al otro en cuanto que otro" ¹⁶.

Nos movemos ya en otro nivel: hemos abandonado el deseo, el puro *eros*, para instalarnos en lo que Tomás de Aquino llama *dilectio*, amor espiritual de amistad. Pero sólo la persona es capaz de este amor desinteresado; la entrega mutua amistosa es siempre y exclusivamente interpersonal.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ El actual Pontífice había expuesto ya anteriormente, de forma más extensa, sus críticas al amor utilitario: "Es evidente que, partiendo de los principios utilitaristas, la actitud subjetiva en la interpretación del bien (bien = placer) lleva directamente, quizá incluso inconscientemente, al egoísmo (...). Así concebido, *el amor* es una fusión de egoísmos combinados de modo que no resulten desagradables el uno al otro, contrarios al placer común" (K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, ed. italiana de Marietti, Torino, 1969, pp. 28-29).

¹⁶ R. ALVIRA, "Nada y voluntad", en *Anuario Filosófico*, vol. XIII, Univ. de Navarra, Pamplona, 1980, p. 22.

El amor, escribe Juan Pablo II, es *don de sí* ¹⁷, por tanto, renuncia, entrega, sacrificio, abnegación, y todo en favor del amado. Este es el más pleno sentido del amor humano y cristiano, y obsérvese que la entrega involucra siempre —aunque con diversos matices— a la persona en su totalidad. Queda, pues, tipificado el amor espiritual de amistad que origina la familia no sólo como amor-entrega sino como amor-entrega total.

3. La entrega como donación total

¿Qué quiere decir donación total? Aquí significa que la persona se da enteramente, o sea, en la integridad de sus partes. Como es evidente, para entender esto hay que dar por supuestos todos los fundamentos antropológicos de la tradición aristotélico-tomista. El hombre es una unidad de composición; no es espíritu puro, ni carne sola, es una combinación de ambos principios según la precisa proporción de forma y materia.

“En cuanto espíritu encarnado, es decir, alma que se expresa en el cuerpo y cuerpo informado por un espíritu inmortal, el hombre es llamado al amor en su totalidad unificada. El amor abraza también el cuerpo humano y el cuerpo es hecho también partícipe del amor espiritual” ¹⁸. Lo que Juan Pablo II quiere subrayar es que el verdadero amor implica el hombre total —alma y cuerpo—, y ésta es una afirmación de largos alcances.

En primer lugar, se debe concluir que la donación total es libre y, por consiguiente, privativa de la persona. Darse del todo es hacer entrega de la propia intimidad, pero sólo la persona posee estrictamente una intimidad y un dominio sobre ella.

Después hay que observar que la intimidad es doble: del alma y del cuerpo, y por tanto, ambas quedan implicadas en la entrega total. Por último, la totalidad del cuerpo sólo puede donarse a otro sujeto: o a Dios o a una persona humana. De ahí que “la Revelación cristiana conoce dos modos específicos de realizar la vocación de la persona humana —en su integridad— al amor: el matrimonio y la virginidad” ¹⁹.

Los animales carecen de intimidad, no están sujetos al pudor; en la misma situación se encuentran los hombres que renuncian a su dignidad personal ²⁰. La persona humana que tiene dominio sobre su cuerpo está en condiciones de *entregarlo* a alguien; quien no ejerce ese dominio no puede *entregarlo* porque no es dueño de él; simplemente comercia con su cuerpo buscando más que una comunión un comunitarismo, una fusión en la que desaparezca la alteridad, en la que se disdibujen hasta desaparecer los contornos de una individualidad que apesadumbra y de la que se quiere renegar. Una filosofía comunitaria como ésta, de tipo “hippie”, encierra claras resonancias del sensualismo antiindividualista de Feuerbach-Schopenhauer: las singularidades quedan sacrificadas en aras de lo único que cuenta, la especie ²¹.

La entrega del cuerpo a otra persona —en el matrimonio— o a Dios —en la virginidad—, como lógica secuela de la entrega del alma, sí es una auténtica donación total. Y no cabe duda de que esta donación es para siempre; lo que cambia es el deseo, pero no el amor de amistad. El amor-entrega no es deseo,

¹⁷ F. C., N° 37.

¹⁸ F. C., N° 11.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Cfr. el sugerente ensayo de J. CHOZA, *La supresión del pudor*, col. Temas NT. EUNSA, Pamplona, 1980.

²¹ Sobre el carácter comunitario del hombre en Feuerbach, vid. L. CLAVELL, *La teología antropológica*, Centro de Estudios Culturales, Medellín, 1974, pp. 13 y ss.

es voluntad; no es capricho, es compromiso; no es un juego, es algo muy serio. De aquí el engaño encubierto toscamente por la gastada justificación divorcista: cuando se acaba el amor es pertinente disolver el vínculo. El amor que se acaba es deseo. El amor-entrega no se acaba, puede —simplemente— ser objeto de traición. De traición no cabe hablar en el deseo, justamente porque allí no media compromiso. Pero hacer de la deslealtad ley es un torpe desatino.

Tiene razón Schopenhauer cuando, desde el punto de vista del amor-deseo, termina por concluir que los amantes son unos mentirosos²². Más vale que este amor sea sólo pasajero y, mejor aún, si conseguimos renunciar a él. En cualquier caso, sería un despropósito entenderlo como algo estable y duradero. Por el contrario, el amor-entrega no es de suyo pasajero, es perdurable. Entender esto exige por fuerza superar el orden estrictamente biológico: “la sexualidad, mediante la cual el hombre y la mujer se donan mutuamente (...) no es en absoluto algo puramente biológico, sino que hace referencia al núcleo íntimo de la persona humana como tal. Se realiza de modo verdaderamente humano, sólo si es parte integral del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen totalmente el uno con el otro hasta la muerte. La donación física total sería mentira si no fuese signo y fruto de la donación personal total (...): si la persona se reservase algo o la posibilidad de decidir de otro modo en el futuro, ya sólo por esto no se donaría totalmente”²³.

Cuando una cultura rechaza la indisolubilidad del matrimonio y escarnece el compromiso de fidelidad de los esposos entre sí²⁴, es forzoso reconocer que el *logos* ha sido violentamente ahorrado en su filosofía: el principio racional ha sido substituido por el principio del placer. “La ciencia —escribe el Sumo Pontífice— está llamada a aliarse con la sabiduría”²⁵. Un desapasionado análisis de la situación de la cultura en Occidente indica que la ciencia, en muchos casos, no ha querido saber nada de tan prometedor alianza.

Cuando la filosofía pierde su talante socrático de amor a la sabiduría y quiere convertirse en ciencia de la verdad absoluta —confrontar el paradigma de Hegel—, fracasa estrepitosamente. A una ciencia pura, ajena a todo planteamiento sapiencial, le resulta imposible, por ejemplo, elaborar una filosofía del cuerpo sin desnaturalizar la realidad humana. Es lo que repetidas veces señala la “Familiaris Consortio”: “En el contexto de una cultura que deforma gravemente o incluso pierde el verdadero significado de la sexualidad humana, porque la erradica de su esencial relación a la persona, la Iglesia siente más urgente e insustituible su misión de presentar la sexualidad como valor y tarea de toda la persona creada, hombre y mujer, a imagen de Dios”²⁶.

En el fondo, como se habrá podido apreciar, el concepto que late bajo todas las explicaciones de este documento magisterial acerca del matrimonio, de la familia, del amor, es el concepto de persona humana²⁷. La persona es “lo más perfecto en toda la naturaleza”²⁸ porque es imagen y no sólo vertigio de Dios, porque entiende y ama desinteresadamente, porque es libre²⁹. De aquí su ine-

²² Cfr. *Die Welt*..., ed. cit., p. 643.

²³ F. C., Nº 11.

²⁴ Cfr. F. C., Nº 20.

²⁵ F. C., Nº 8.

²⁶ F. C., Nº 32.

²⁷ Un profundo estudio metafísico de la persona humana, realizado por el actual Sumo Pontífice, puede encontrarse en: K. WOJTYLA, *The Acting Person*, Analecta Husserliana, vol. X, D. Reidel Publishing Company, Dordrecht, Boston, London, 1979. Cfr. también O. N. DERISI, *Esencia y valor de la persona humana*, EDUCA, Buenos Aires, 1979.

²⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 29, a.3 c.

²⁹ Todas estas características ontológicas de la persona son el fundamento de la capacidad para ser insertada por Dios en el orden sobrenatural. Mediante esta inserción, el

fable dignidad. Y de aquí también el enorme valor que el cristianismo concede a la vida humana. El amor es vida y produce vida³⁰. El matrimonio como comunión de amor entre personas que se donan totalmente tiene como fin primordial la transmisión de la vida.

4. Amor y fecundidad: "transmitir la imagen divina de hombre a hombre"³¹

En obvia continuidad con todo el magisterio de la Iglesia hasta el presente, la "Familiaris Consortio" fustiga duramente la mentalidad anticonceptiva. Desde un punto de vista moral, bastaría señalar que es una grave ofensa a Dios para descalificarla. Pero he aquí, en palabras de Juan Pablo II, el trasfondo antropológico y ético de esta verdad enunciada por la moral católica: "al lenguaje nativo que expresa la recíproca donación total de los cónyuges, la contracepción impone un lenguaje objetivamente contradictorio, el de no donarse al otro en totalidad: se desprende, no sólo el positivo rechazo de la apertura a la vida, sino una falsificación de la verdad interior del amor conyugal, llamado a donarse en totalidad personal"³².

Vimos antes que la dignidad personal era en cierto modo condición —desde un punto de vista eficiente— de la misma institución matrimonial: el matrimonio sólo cabe entre personas, pues sólo ellas pueden recíprocamente comunicar en un amor-entrega. La dignidad personal es condición también ahora del fin del matrimonio: la transmisión de la vida es sagrada porque lo que genera el amor conyugal no son nuevos animales sino nuevas personas humanas. "Así, la tarea fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición originaria del Creador, transmitiendo mediante la generación la imagen divina de hombre a hombre"³³.

La noción de persona humana como imagen de Dios, desarrollada por todos los grandes doctores católicos y muy singularmente por Santo Tomás de Aquino³⁴, es —nos parece— la clave antropológica de este documento pontificio. El designio de Dios sobre el matrimonio y la familia no se puede entender sin ser conscientes de que cada individuo humano es una persona, con un cuerpo y un alma, con inteligencia y voluntad espirituales y libres. Aquí precisamente —en el entendimiento y en el amor— reside la razón de imagen de la divinidad.

Juan Pablo II nos estimula a "alcanzar la plena estima de la imagen de Dios que resplandece en todos los seres humanos sin excepción"³⁵. Una vez alcanzada, podremos proveer con eficacia a la urgente necesidad que el mundo siente de una "educación en el amor como don de sí"³⁶.

TOMÁS ALVIRA

individuo humano, en palabras de Tomás de Aquino, llega a ser más que hombre: "In quantum homines per caritatem deiformes efficiuntur, sic suprahomines sunt" (*In III Sent.*, d. 27, q. 2, a. 1, ad. 9). Se entiende así también que O. N. Derisi pueda escribir, hablando de la persona humana: "Sin llegar a ser Dios —cosa absurda y contradictoria para un ser creado, esencialmente finito y contingente—, la persona humana participa de la misma vida de Dios" (*Los fundamentos metafísicos del orden moral*, Educa, Buenos Aires, 1980, 4ª ed., p. 265).

³⁰ "Sin amor, la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas" (*F. C.*, N° 18).

³¹ *F. C.*, N° 28.

³² *F. C.*, N° 32.

³³ *F. C.*, N° 28.

³⁴ Cfr. por ejemplo la monumental cuestión X de las *Quaestiones disputatae de veritate*.

³⁵ *F. C.*, N° 24.

³⁶ *F. C.*, N° 37.